



Jaime Rázuri

Aunque se vista de seda... igual queda...

La Trinchera, un campo de batalla

JONATHAN DIEZ

El tráfico se apodera de la avenida Petit Thouars. Los conductores reniegan y tocan el claxon como locos. Revendedores corriendo de un lado a otro con decenas de entradas en las manos intentan colocarlas al doble del precio oficial. Falta media hora para que Universitario enfrente al poderoso Vasco da Gama de Brasil por los cuartos de final de la Copa Sudamericana. Los caballos siembran las calles con excrementos y los policías, apostados en las esquinas, observan expectantes a los peligrosos barristas que van llegando en mancha. Las tiendas cierran. Los ambulantes guardan las camisetas que no pudieron vender. Las casas de los alrededores del Estadio Nacional se sumergen en el miedo. La Trinchera Norte ya calienta la garganta.

El 2011 fue un año aciago para Universitario. Deudas de meses acumuladas. Mentiras a los jugadores que juegan con una rabia interior que los hace más salvajes y agresivos en cada quite, en cada barrida, en cada grito de gol. Cheques sin fondos. Ir y volver a casa en taxi por ahorrar los soles de la gasolina. Jugar dos partidos seguidos con el equipo de reserva. Camisetas con los números pintados

con plumón en las espaldas. Nada más cercano a un equipo de barrio.

Pero en la cancha nada de eso importa. Son once contra once. El balón rueda y el que se apodera de él se lleva los aplausos de los presentes y el que lo pierde corre a su posición en medio de las mentadas de madre. Porque la cancha es como la cama para los amantes: se debe desfallecer en cada movimiento, en cada barrida, en cada gota de sudor.

Los hinchas corren desesperados hacia la puerta norte del Estadio. Hay que estar atento para que nadie te robe la billetera, el celular o la entrada. Caras cortadas, tatuajes y miradas violentas en los ojos de los barristas. Algunos toman alcohol barato en botellas de Pepsi y otros fuman tronchos caleta, pero todos sienten la ansiedad de ver ganar a la U y dejar la garganta en el intento.

Ir a un partido de fútbol es participar en la catarsis de los gritos. Se va al estadio a desfogar, a eliminar las impurezas del espíritu. Aquí, en la Trinchera, la identificación de los hinchas con Universitario es tan fuerte que no dejan de insultar a todos los enemigos: los cagones y los pavos son balas que se disparan para amilanar al

contrincante. Ser de un equipo de fútbol y estar en su territorio es una identificación cultural que traspasa generaciones.

La Trinchera Norte se organiza en el túnel para entrar todos a una sola voz. Todos con los polos amarrados en la cabeza. Todos gritando. Todos saltando. Todos cantando. Unos rezan. Otros lloran. Besan sus rosarios. Cierran los ojos. Miran al cielo. Levantan las manos. Sufren. Le piden a Dios que esta noche gane la U. Insultan a los dirigentes: si Universitario es Dios, Julio Pacheco es el demonio. Las escaleras se llenan de barristas desenfrenados que pegan con un polo mojado a los hombres que no tienen una actitud agresiva o de súplica. Felizmente no saben que soy de Alianza, pienso. Por fin, sano y salvo, estoy en Norte.

* * *

Si el fútbol es la religión de las masas, las barras bravas son congregaciones radicales. El hincha que golpea a los que no tienen la "actitud" de la Trinchera se siente intocable. "¡Esta es nuestra casa y la casa se respeta!". Estoy en su territorio. Soy un intruso. Las graderías de Norte son el campo de batalla.

No toda la tribuna es ocupada por la Trinchera. En los extremos se ubican familias, mujeres y niños que esperan ver ganar a su equipo. Comen canchita de cincuenta céntimos y panes con pollo de un sol. Los niños observan absortos la inmensidad de la Trinchera. Las semillas del fútbol van creciendo en su interior.

El primero en salir al campo es Vasco da Gama, con su tradicional camiseta negra con franja blanca. Fundado en 1898, es uno de los clubes más importantes

de Brasil, y se caracteriza por un juego de toques rápido y vistoso. Tuvo en sus filas a un joven Romario que debutó en 1985, conquistando el campeonato de Río de Janeiro.

Los recibe un mar de silbidos e insultos racistas y xenofóbicos. Toda la trinche- ra hace la onomatopeya de un mono, aludiendo al color de piel de algunos jugadores del equipo brasileño.

¿Puede el fútbol sacar lo peor y lo mejor de nosotros? El fútbol es un grito ahogado: hay que ir al frente siempre, derrotar al oponente, doblegarlo, hacerle sentir su inferioridad. El fútbol es agresividad. En ninguna otra situación se puede odiar y amar al mismo tiempo.

Sale la U. Los cánticos son cada vez más fuertes: arengas para ir adelante, motivación castrense y una pasión des- bocada. Toda la Trinchera salta al mismo tiempo. Las graderías tiemblan. El equipo se acerca a saludar a la Trinchera y todos se vuelven locos. Lloran, gritan, sudan, sufren. Cada aparición del equipo es como la aparición de la virgen: hay que rendirle culto y obediencia para que se cumplan los deseos más profundos.

El sentimiento de colectividad y pertenencia a un grupo fortalece el amor al equipo y lo empuja a defender con coraje la camiseta. "Caiga quien caiga, la U debe ganar", me dice un ex com- pañero de colegio que encontré sin polo y con un tatuaje de Lolo en la parte izquierda del pecho. "Caiga quien caiga" es una frase se me quedó dando vueltas en la mente. Pienso el fútbol como un medio de catarsis social, no de aniquilación del enemigo. En esa frase



Cambio de camiseta y la misma ineficiente gestión. Nadie respeta a Alarcón y Pacheco.

podemos encontrar los gérmenes del fundamentalismo.

Universitario opta por un equipo con dos zorros viejos en la defensa, el Negro Galván y John Galliquio. Seguridad y lentitud son sus máximas. En el medio, dos chatos obreros: Torres y Gonzalez. Arriba, Johan Fano, de 33 años, y el dinámico y veloz Ruidíaz. Por su parte, Vasco salta al campo con ocho suplentes y sin su figura más importante, Juninho Pernambucano, fuera del partido por lesión.

La Trinchera Norte es un espacio público pero a la vez restringido solo para hinchas de Universitario: nadie puede manifestar que es hincha de otro equipo, menos aún si es el enemigo en ese

momento. Hacerlo le podría costar perder la vida a golpes y cuchillazos. La camiseta del equipo contrario es un trofeo de guerra.

Los hinchas descargan su furia, su resentimiento y lo vuelcan en once jugadores. Gritan su emoción de hinchas y su apoyo al equipo que les corre por las venas. Cantar es como orar, como si Dios los escuchara.

Durante los primeros minutos, Universitario es un equipo ordenado atrás y con velocidad adelante. El partido es duro. Se lucha cada pelota como si fuera la última. El árbitro Carlos Vera (el que le validó un gol ilegítimo a la U de Chile



Harta barra y poco fútbol. Ni la muerte de Walter Oyarce en el Monumental nos humaniza. (Foto: Jaime Rázuri)

e impidió la clasificación a cuartos de final de la Copa Libertadores a Alianza Lima) es el juez esta noche. Ecuatoriano y suspendido diez meses por la Conmebol, vuelve a las canchas otra vez a arbitrar a un equipo peruano. La Trinchera le grita de todo: mono, negro, ecuatoriano conchatumadre. Basta que cobre una falta a favor de Vasco para que todo el estadio se le vaya encima.

Universitario domina el primer tiempo, pero el gol se hace esperar. Cada pase de Vasco genera ansiedad. La Trinchera pierde la paciencia y le reclama huevos

a sus jugadores. Empieza una arenga en memoria del *Cañonero* Lolo Fernández.

Cuando se pensaba que el primer tiempo terminaría con el marcador en cero, Carlos Vera cobra un penal para Universitario. Es el minuto 38, momento clave del partido. Ruidíaz se para en diagonal frente a la pelota. La Trinchera no deja de gritar desde las entrañas. El arquero Fernando extiende las manos en señal de provocación. El árbitro pita y la pelota ingresa por el lado derecho del arco ubicado en Norte. Se desata una locura de gritos.

El partido es intenso. En instancias tan definitivas como cuartos de final de un torneo internacional no se puede dudar, quebrar o arrugar. Vasco toca y toca, pero sin profundidad. Universitario marca con potencia.

Universitario no encuentra el balón y el medio campo le pertenece a Vasco en los primeros quince minutos de la segunda mitad. Pese al dominio, Vasco no entra con facilidad y la U marca bien las zonas. En el minuto 51, la fiesta de la Trinchera casi se convierte en silencio funerario. Cerca del borde del área, González le hace una clara falta a Bernardo que Vera no dudó en sancionar. Llontop arma la barrera y Galván le grita desesperado. El estadio se congela y la Trinchera deja de respirar durante la ejecución del tiro libre. El propio Bernardo se coloca frente a la pelota. Piensa. La pelota pasa la barrera. Parece gol, pero no. El balón se confunde con la red de la parte trasera del arco. Siete minutos después, Rainer Torres rompe la línea y da un pase en profundidad que Johan Fano define con la parte externa del pie derecho. Dos goles. Partido cerrado. A celebrar.

* * *

Una semana después, Universitario fue eliminado en Río de Janeiro. Le hicieron cinco goles y terminó el partido con nueve hombres por expulsión de Rabanal y Gonzales. Errores de Llontop, de los expulsados y el desorden típico de equipo peruano en torneo internacional terminaron por hundir a la U. Estuvo a cuarenta minutos de la clasificación, pero cuatro mazazos terminaron con la ilusión de la Trinchera.

El fútbol es también un negocio, un vil juego de corruptos que ven en las arcas de los equipos una mina de oro. Universitario llegó a cuartos de final gracias a once jugadores. Los dirigentes cremas deben sentirse bien porque nunca nadie destruyó un equipo en dos años. Destruyeron su imagen, su esencia, su institucionalidad. Pablo Escobar, el famoso narcotraficante colombiano, tuvo en sus manos al Santa Fe de Colombia y es sabido también que carteles mexicanos invierten y limpian en el fútbol varios de sus millones.

¿Por qué se contrató a un equipo imposible de pagar? Irresponsabilidad es la primera palabra que se me viene a la mente. Y la más decente. ¿Hasta dónde llegará el cinismo de estos dirigentes que hundan al fútbol peruano? El Estadio Nacional está hecho a la europea, moderno y pomposo. ¿Puede el fútbol peruano ganarse un nombre internacionalmente con tipejos que comen del trabajo ajeno? ¿Realmente el fútbol peruano puede llegar a la modernidad con barras que asesinan a hinchas inocentes y que se jactan de ello? En Universitario se condensan todos los problemas de nuestro alicaído fútbol: informalidad, maltrato, violencia y delincuencia.

Al salir del Estadio, las barras se dispersan en direcciones opuestas. Todos toman caminos distintos. La unidad, la identificación, se quedó en el Estadio, pese a la sonrisa en la cara y los dos goles. Las calles están pobladas de individuos de la U, ya no de la trinchera. Ya no de la masa, sino de personas que regresan a sus casas esperando el próximo partido. ■